

La peor sequía no es climática



Por Rolando Sarmiento Ricart

El período seco meteorológico, hidrológico o agrícola perjudica a todos de algún modo, solo que cuando la crisis del agua toca a la puerta, la perezosa percepción del peligro apremiante, deja al descubierto el despilfarro precedente del agua que ahora nos falta.

Lamentarse, mirar al celeste o al camino por donde llegará desde embarcaderos lejanos la pipa a la comunidad o a los áridos potreros e instalaciones agropecuarias, es la repetición de la emergencia anual que suma —a las altas pérdidas de producciones físicas— gastos de recursos “planificados”, en mayor cuantía combustibles, que en meses no críticos pueden consolidar iniciativas, alternativas y desarrollo económico en cada lugar vulnerable de la llana topografía donde pueden disminuirse los reiterados estragos de la sequía.

Abril le entrega a mayo más de 237 comunidades con déficit de abasto y otros 22 asentamientos —unos 5 384 habitantes— padecen del líquido potable salinizado o contaminado por la sobreexplotación de pozos, cuyo descontrol de sus niveles hídricos provoca roturas constantes de las motobombas de extracción, según especialistas del Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos (INRH) en Camagüey.

Más de 10 presas tocan fondo, tres de ellas importantes en el servicio potable: la Mañana de la Santa Ana, vinculada a Nuevitas; Unión II, de Jimaguayú, y Tílima, de la capital provincial, y aunque la ciudad de Camagüey dispone de embalses con una leve holgura como la Máximo, Cubano-Búlgara y Pontezuela, los salideros de esas conductoras y redes de distribución resultan notables y afectan el servicio.

El agua también escapa por la no fiscalización y mínima exigencia administrativa de los grandes gastadores industriales que dilapidan el servicio de acueducto y poseen reservorios subterráneos sin utilizar, y por la mayoría de las unidades hospitalarias y escuelas con salideros de agua a borbotones.

El sector residencial posee una cuota apreciable en el ahorro a partir de la corrección de salideros internos en las viviendas y en la evitación del derroche inconsciente del agua que se aprecia en plena sequía cuando la malgastan en el fregado de vehículos, irriga-

ción de calles y aceras, jardines y otros usos no imprescindibles.

No pocos ciudadanos piensan que no hay que exagerar, porque llueve sobre la ciudad y los jardines reverdecen y palidecen también bajo el reverberante sol y mal que bien les llega el agua por tubería hasta sus casas desde las fuentes disminuidas muy distantes de la urbe o tienen pozos que se achicaron cuando la última sequía, pero suponen que eso no volverá a pasar. Sin embargo, ni siquiera mueven un dedo para preservar el líquido... “para qué si cuando la sequía apriete pedimos una pipa y nos la tienen que traer”, dicen algunos confiados en que el responsable de todo es el Gobierno y a ellos nada les compete.

El martes último, Luis Olazábal Vega, integrante del Buró Provincial del Partido, desde la sede de la Asamblea Provincial del Poder Popular, presidió una audioconferencia que enlazó todos los territorios camagüeyanos para exponer las necesidades perentorias de las comunidades más afectadas y salvo honrosas excepciones que mostraron acciones locales preventivas para evitar secuelas mayores, prevaleció la solicitud de combustible casi como única opción para “enfrentar” el déficit con el suministro del líquido en pipa y el intercambio auditivo subió de tono crítico cuando desde Florida los principales protagonistas de instalar 12 kilómetros de tubería de cuatro pulgadas para llevarle el agua desde dos caudalosos pozos a la comunidad de San Antonio, con todos los recursos *in situ*, incluido el petróleo, no han colocado el primer tubo en muchos meses, sin más respuesta que: “Hemos sido morosos”.

Los dirigentes del Gobierno y el Partido en la provincia reiteran hasta la saciedad —esa orientación no es nueva— que cada municipio, comunidad, circunscripción, caserío, por apartado de la capital provincial que radique debe conocer sus reservas hídricas y en tiempo de bonanza prepararse para el período seco antes que la emergencia toque campana.

Quizá para los ciclones y hasta para los posibles terremotos todo esté detallado y planificado y se valore mejor la magnitud del peligro, de lo contrario no se explica que las aguadas y los potreros que cada año se secan provoquen la muerte de cientos de animales por falta de reservas nutricionales y agua y miles de habitantes poblanos y rurales carezcan del líquido insustituible derrochado sin conciencia en la supuesta abundancia, una noria que no todas sus vueltas conciernen a la severa sequía climática, sino al estiaje de iniciativas, alternativas y exigencia de quienes provocan las crisis del agua sin desaguar una sola neurona para atenuarla.

Una lucha de todos



Por Eduardo Labrada Rodríguez

Hace poco, a mi paso para cruzar una esquina, una hermosa joven, pelo suelto y depredador short, detuvo la motorina que manejaba para saludar a una similar amiga parada en la acera. De pasada escuché el siguiente diálogo: “¡Vaya, ya tienes hasta motorina!”. Con cierto airecillo de complicidad, aquella le respondió sonrisa al aire: “¡Bueno mi’ja, para eso la luché!”. Un chao-chao rápido y cada cual siguió su camino.

No hubiera pasado nada más de aquel, al parecer intrascendente, coloquio, si no me hubiera dedicado a reflexionar sobre el tema mientras proseguía mi callejeo. Ella, pensé, dijo “la luché”. No dijo la compré, o tal vez, la heredé; o mejor aún, me la regalaron. ¿Qué significa eso de “la luché”? Porque vamos a ver, lucha significa pelear, competir, bregar, batallar, y aquella joven, salvo en posición horizontal, no me pareció que pudo hacer armas en ninguna parte.

Desde hace ya demasiado tiempo hay en nuestro idioma palabras que enmascaran realidades de una parte de la sociedad fisurada en lo moral.

Nadie ignora, a no ser que viva en una urna de cristal, que hoy en Cuba la palabra luchar se ha trastocado de muchas maneras, y no pocas veces con visos deshonestos. Que existen hoy en día quienes arañan con instinto crapuloso, se conoce y se conocen. Como sabemos que hoy tampoco los problemas se discuten, sino que se “tallan”; que la guaricandilla no cae en el capítulo de la prostituta, sino en el de las “luchadoras”, de la misma forma en que el proxeneta se edulcora como “jinetero”. Y porque además no pocos han descubierto una ley particular de equilibrio atemperada a su conveniencia, así que ya no es como dijera Arquímedes “Dadme una palanca y moveré el mundo”, sino “dadme

un socio y lo que voy a mover es un mundo”.

En realidad nos hemos dedicado a educar y conformar a la sociedad cubana, pero en ocasiones la soñamos tan perfecta que preferimos disimular realidades y vetar lunares en el sol que estábamos sembrando. Ese dar la espalda a la realidad para la autocomplacencia permitió proliferar estos males.

Aquel dejar hacer, mas las incuestionables demoras del Estado para aplicar leyes empolvadas, no tanto por olvido como por indiferencia, y el acomodamiento han dado sobrada oportunidad para la irrupción en nuestro escenario económico y social de indisciplinas, socialismo e inmoralidad pública; y también de funcionarios improvisados y de poca exigencia.

Y a pesar de que mucho se apela al enfrentamiento colectivo, al aporte de todos, poco se concreta de la ayuda del pueblo, cuando es este pueblo trabajador, en gran parte militante, mayoría absoluta en el país, y siempre dispuesto a cooperar para erradicar los males y sanear el entorno.

Aunque no pocos persisten en creer que somos perfectas especies de laboratorio, ya desde hace un buen rato se abre paso la conciencia de que resultamos en realidad hijos de una amalgama policultural de multifacéticas creencias, criterios, opiniones y relaciones, y por tanto, de diferentes actitudes.

No obstante, siempre tendré confianza en el legado del patrimonio revolucionario y combativo de nuestra nación y en que todas las generaciones de cubanos podemos aportar para que queden como piezas de museo, o mejor, olvidados, estos coyunturales giros del idioma, no tan inocentes como parecen, porque son señales de un problema subyacente.

Los cubanos somos luchadores, sí, pero de la acepción real de esa palabra, de la que ha engrandecido a este país, y yo, como muchos, quiero que mi lucha sea de verdad por el bien de todos.

ACTUALIDADES



Foto: Orfilio Rivero Delgado

La Central de Trabajadores de Cuba (CTC) en el territorio reconoció a trabajadores y colectivos laborales destacados, recibieron certificados de reconocimiento por 5, 10 y 15 años de servicio dirigentes sindicales de base, con una meritoria labor.



Foto: Orlando Durán Hernández

En la intersección de Martí y Cuba Libre a plena luz del día hay basura a “pululu”.



Foto: Leandro Pérez Pérez

El niño que se lleva dentro.